

# Nuevo Mundo

## Ángeles

### Por Magali Ortiz

#### Capítulo 1

*2 de enero de 1986 – Hialeah, Florida, Estados Unidos*

Oswaldo Santamaría era un joven multimillonario que como estaba soltero todavía vivía en casa de sus padres. Tenía veinticuatro años y estaba a punto de casarse con una joven hermosa y muy dulce llamada Silvia Agosto. Silvia tenía la misma edad de Oswaldo. Los dos llevaban dos años juntos, y ya habían tenido relaciones un millón de veces, pero Oswaldo venía de una familia con mente muy abierta y aunque Silvia había sido la primera mujer de Oswaldo, cuando él tenía dieciocho años, y él había sido el primer hombre de ella, cuando todo lo que aprendieron lo aprendieron por lo que le conversaban los padres de los dos, a los padres de Oswaldo no les molestaba tanto el sexo premarital como les molestaba a los padres de Silvia. Ellos eran firmes creyentes de que una vez que nuestros hijos fueran adultos, ya los padres no podían seguir controlando los pensamientos ni las acciones de sus hijos. Irónicamente, ni Silvia ni Oswaldo habían tenido otras parejas más que ellos dos. Eso no era comprensible en Silvia porque Silvia

era una mujer joven, bonita, humana y con las hormonas más alborotadas de lo normal, y aunque tenía muchísimos pretendientes a ella sólo le interesaba un hombre, Osvaldo Santamaría. Era el más bello. El mejor. El más exitoso. El más talentoso. Y el más angelical, el más dulce, y esto no era para menos. Si Silvia era incapaz de ser infiel, era por amor, pero Osvaldo se negaba a ser infiel por otra razón, mucho más impactante para aquellos que tuvieran la dicha o la desgracia de conocerlo, dependiendo de las circunstancias y de cómo actuara la persona. Osvaldo era un ángel terrenal, un ángel imperfecto sólo por ser de carne y hueso y sólo por vivir en ésta tierra, y por eso no podía ser un ángel de los que vivían en el cielo. Era un hombre muy bueno y todos aquellos que le llamaran ángel no estarían exagerando. Él de veras era un ángel, hijo de una mujer, Eva Santamaría y un ángel que se apareció de la nada, un verdadero ángel. Sin embargo, Osvaldo tenía un cuerpo humano normal, no era un gigante como los primeros seres hijos de ángeles y humanos. Por fuera era cada día más humano, pero por dentro no podía ser más bueno. Él sólo hacía lo que hacía por complacer a Silvia, por hacerla feliz, porque el defecto más grande de Osvaldo, según muchísima gente que lo conocía, era que por amor, él era literalmente capaz de cualquier cosa. No tenía límites, y esto no siempre sería algo bueno porque habían seres queridos que en cualquier momento podían pedirle que hiciera algo que iba en contra de sus principios y creencias, y en el peor de los casos, podrían llegar al extremo de pedirle que hiciera cosas horribles. Sin embargo, Osvaldo todavía no había tenido que pasar por eso, así que eso no le preocupaba en lo más mínimo. Lo único que él había hecho que iba en contra de sus principios fue entregarse al amor de Silvia, quien también había conocido el amor con él. Ella tampoco creía en el sexo premarital, pero el mundo se le volteó al revés cuando lo conoció a él. La primera vez, ella tuvo que rogarle que la amara, que la amara de una forma que él no conocía. Ella sabía su forma de amar, pero ella le estaba pidiendo algo más. Él lo dio con todo su amor y ahora se sentía completamente atado a ella. Ninguna otra mujer lo había hecho sentir lo que ella le hizo sentir. Por naturaleza, estos seres eran monógamos. Una vez que tuvieran una pareja no necesitaban a nadie más, y sólo abandonaban a esa pareja si ese hombre o esa mujer les pidiera que se fueran. Sin embargo, Silvia sólo le pedía que se quedara.

Silvia se había graduado de la preparatoria con tan solo doce años, y por eso, a sus veinticuatro años, ahora era doctora de medicina general, y amaba su trabajo. Ella siempre tenía la solución a los problemas de sus pacientes, y a la hora de hacer referidos, ella siempre sabía cuál era el especialista adecuado. También, ella les daba consejos a sus pacientes que les cambiaban la vida para siempre. Todos adoraban a la Dra. Agosto, y era la doctora que más pacientes atendía en todo Hialeah porque todos la preferían a ella. Ella tenía solamente una hermana, Sorángel, y las dos se llevaban muy bien. Sorángel era tres años menor que Silvia, y ella también se había graduado a temprana edad de la preparatoria, trece años, sólo que Sorángel era psicóloga. A ella siempre le fascinó cómo funcionaba la mente humana y siempre quiso ayudar a las personas con enfermedades mentales. La hermana de Susana Agosto, la madre de las dos chicas, su nombre era Tamara y ella padecía de esquizofrenia. Eso fue lo que inspiró a Sorángel a practicar la

medicina de la mente. Ella no quería que nadie más pasara por lo que pasó su querida tía. Sorángel también tenía novio, casualmente, un novio igual que Osvaldo, sólo que ninguna de las dos sabían quiénes eran realmente sus hombres. Casualmente, Sorángel y su novio también estaban comprometidos para casarse.

En el momento en que Silvia y Osvaldo se conocieron, los dos estaban en una biblioteca buscando libros de referencia para sus próximos reportajes en sus respectivas clases, la biblioteca pública de la ciudad. No sabían por qué fueron a esa biblioteca específicamente, porque había una biblioteca en las respectivas universidades a las que a ellos asistían. Era como si el destino los hubiera llevado ahí. Él quedó impresionado con su belleza, pero ella no quedó tan impresionada con él. Sí, era hermoso, con unos ojos verdes brillantes y una cara de ensueño, y un cuerpo bastante escultural, pero para ella éste era otro niño lindo. No tenía nada de especial. Hasta que empezó a hablarle. Él tenía una voz tan dulce y hablaba de una forma tan cordial y respetuosa. Esto ella lo notó cuando él estaba preguntándole a la asistente de la biblioteca por un libro sobre salud mental. Él estaba haciendo un reportaje sobre la salud mental. De repente, ella decidió acercársele mientras él revisaba el libro de referencias que la bibliotecaria le había dado, un libro grande y pesado de más de 1,600 páginas. Si Osvaldo no hubiese necesitado otras fuentes de información, haría todo el reporte con éste libro solamente. Él ya sabía cómo redactar y narrar la información en sus propias palabras como si la información viniera de él, de tal manera que cada vez que él hacía un informe, sus profesores dudaban que la información viniera de otra fuente, y para verificar que él no se sacó ésta información de su propia mente, ellos tenían que leer los libros y las otras fuentes de información que él acreditaba en su informe. Ningún otro estudiante hacía esto mejor que él. La mayoría de los estudiantes escribían todo lo que leían palabra por palabra porque sentían que no tenían tiempo de interpretar la información para hacerlo de otra manera, pero los profesores no se molestaban con ellos porque ellos siempre citaban las fuentes de las cuales obtenían la información. Éstos profesores en realidad eran indulgentes. Estábamos viviendo en un mundo que se hacía más difícil y complicado cada día que pasaba. No podíamos exigirles a las personas más de lo que podían dar, ni siquiera a las más brillantes, pero como la inteligencia de Osvaldo Santamaría sobrepasaba todos los parámetros en la psicología y en la ciencia, y sólo había un ser como él, él mismo, pues a él siempre se le pedía más, todos los que le rodeaban le pedían más, y él daba más, queriendo ser mejor y mejor cada día. *El mejor*. Y él siempre había sido el mejor, hasta que conoció a Silvia. En el momento que ella se le acercó, él pensó que había alcanzado la estrella más grande y más bella de todas, porque todo lo que él sentía era multiplicado por mil comparado con nosotros, y eso era muy peligroso. Silvia era la más bella. La más inteligente. La mejor. La única que realmente podía competir con él. Él no quería dejarla ir, pero él pensaba que ella era demasiado maravillosa como para ser más que una amiga, y él necesitaba a alguien de su edad que lo ayudara a encaminarse por la vida, alguien con quién intercambiar sus ideas. Sus padres eran veinticinco años mayores que él, y en cuanto a opiniones se trataba, la diferencia de edades era demasiado grande. En cuanto a las cosas más importantes de la vida, Osvaldo y sus padres coincidían, pero cuando se trataba de música, películas y otros gustos, era como la noche y el día, y él siempre tenía que acomodar a sus padres y poner sus necesidades antes que las de él, escuchar la música que ellos escuchaban, ver los programas de televisión que ellos veían, comer lo que ellos comían, y beber todo lo que bebían excepto alcohol, porque los gustos de él eran tan diferentes que él no se atrevía a buscar las cosas que prefería por miedo a

molestarlos. Algún día él podría disfrutar de todo lo suyo, pero mientras él viviera en casa de sus padres, las cosas tenían que ser como ellos querían, y él no le pasaría por encima a eso.

En éste preciso momento, Silvia estaba acostada en su cama, boca abajo, con ambas manos en su rostro, aparentemente mirando hacia arriba, seria, recordando las primeras palabras que se dijeron, mientras él seguía en su oficina, atendiendo a sus pacientes, como si nada, porque él también era un doctor renombrado de medicina general, ya que se había graduado de la preparatoria a los diez años y había estado en la universidad desde entonces. Llevaba menos de un año haciendo esto, pero hasta ahora todo iba estupendamente. Silvia recordó esa primera conversación que tuvieron, cuando se les olvidó hasta presentarse formalmente.

—Ya te imagino yo leyendo todo eso para un simple informe de veinte páginas.— comentó ella.

Él se volteó a mirarla y quedó encantado desde el primer momento.—Tengo que hacerlo. De lo contrario voy a perder una quinta parte de mi informe porque necesito cinco fuentes diferentes. Yo no voy a basar todo mi informe en éste libro. Si pudiera lo haría, pero mis profesores no me lo permiten. Y tú, ¿estás haciendo un informe también? ¿Cómo sabías que mis informes usualmente son de veinte páginas?

—Sólo adivinando. Esa es la norma. Nunca he visto informes más largos ni más cortos que eso, sólo son para las personas que están en clases avanzadas en la universidad... como yo.

—Interesante.—él se rió.—Comparto tu dolor. Yo también estoy en clases avanzadas. Lo único difícil es tener que hacer el triple y a veces el cuádruple del trabajo de los demás, pero los exámenes y las tareas son como tomarse un vaso de agua. Y bastante rica que sabe el agua. Lo que pasa es que la gente no le da chance.

—Algo me dice que eso no es doloroso para ti y que esas clases avanzadas son las clases en las que debes estar. ¿En qué año estás?

—Yo no me atrevería a decir eso que acabas de decir, pero estoy en el último año. Precisamente dentro de seis meses me gradúo. Luego pienso tomar más clases, ya sabes, porque cuando se trata de ésta profesión, uno realmente jamás termina de estudiar.

—¿Y cuál profesión es?

—Doctor de medicina general.

Sorprendida y sonriendo, ella dijo— ¡Mírate a ti, con voz de cantante, cuerpo de modelo y cara de actor de Hollywood, y mira la profesión que escoges, doctor! Debes ser algo fuera de éste mundo.

Él se rió a carcajadas.—Si supieras cuánta gente me ha dicho eso. Casi toda la gente con la que me encuentro me dice lo mismo, claro, a excepción de las mujeres que se pasan enamorándose, y no es que me guille, pero me tienen loco. No me dejan en paz. Todas se me tiran encima, y lo peor o mejor de todo es que yo no las dejo hacer nada.

—Ah, ¿y por qué?—preguntó ella con la mano en su cintura.—Tú realmente las puedes tener a todas y no quieres a ninguna, y el que no puede tener ninguna las quiere a todas. ¿Qué te pasa?

—Te parecerá una estupidez, pero tengo una razón muy poderosa. Yo nunca me he enamorado y yo no puedo darle nada a una persona que no amo. Yo quiero a muchísimas personas, quiero a todo el mundo, en realidad, pero todavía no ha nacido la mujer que me...—hubo un momento en que ya no pudo hablar, que literalmente se estaba tragando las palabras antes de pronunciarlas—que me quiera por más que mi físico. Ninguna mujer me ha demostrado amor.—No podía decir que no había nacido la mujer que lo impacte, ¡porque esa mujer estaba justamente frente a él!, así que tuvo que cambiar sus pensamientos.—Todas me dicen que me vaya a la cama con ellas, y cuando yo les digo que quiero mucho más que la cama, ellas se van corriendo. Yo quiero una pareja seria, una mujer con la que yo puedo compartir el resto de mi vida, una mujer a quien yo pueda amar y que me ame a mí. Yo no le pido que sea perfecta. El hombre perfecto o la mujer perfecta no existe. Nunca existirán, ninguno de los dos.

—En otras palabras tú no existes.

—¿Cómo?—Finalmente entendió lo que ella quería decirle pero por un momento se sorprendió.—No, Silvia, yo no soy el hombre perfecto. He cometido algunos errores, sí, he hecho cosas de las que no estoy orgulloso, pero hago lo mejor que puedo, ¿sabes? Siempre tan perfeccionista, siempre tratando de ser el mejor de todos. Yo creo que ahí está el error, tratando de ser alguien que no soy, persiguiendo lo imposible.

—Todo está en tomar la mejor decisión para uno, pero yo insisto en que tú sí eres el hombre perfecto. Si salimos a tomar un café al restaurante de la esquina, te voy a decir por qué—dijo ella en un susurro después de haber estado hablando en voz baja por un rato—ya que en las bibliotecas no se puede hablar.

Minutos después, ellos llegaron a la cafetería y en lugar de ordenar dos simples cafés para los dos, él ordenó un sándwich con el mejor jamón y el mejor queso que el restaurante tuviese y dos capuchinos. Se sentaron y resumieron ésta conversación que Osvaldo encontró muy interesante, y todavía no se habían dicho uno al otro cómo se llamaban, qué edad tenían ni en qué universidades estudiaban. Era más que evidente que ninguno de los dos iban a un simple colegio, sino que cada uno de ellos estudiaba en una universidad.

—No hay que estar completamente libre de pecado para ser el hombre perfecto.—No lo

llamó por su nombre porque no lo sabía. Simplemente le decía lo que quería decirle sin llamarlo por un nombre o decirle tú.—En éste mundo, estar libre de pecado es imposible. Somos hijos de Adán y Eva, quienes fueron perfectos, pero se hicieron perfectos al pecar, al desobedecer a Dios. Yo no sé por qué, pero yo me imagino que tú sabías todo esto antes de leer la Santa Biblia o si lo supiste después, crees en todo lo que la Santa Biblia dice, ¿verdad?

—Lo creo con todo mi corazón y por eso digo que no soy perfecto. Sólo Dios es perfecto. Yo sé con certeza que todo lo que dice la Biblia es cien por ciento verdadero. Yo no vivo dejándome llevar por mi pecado y decidiendo no creer en la Biblia y burlarme de ella y burlarme de Dios sólo porque la Biblia condena mi pecado, como lo hacen la mayoría de las personas. Por eso siempre vivo deprimido y triste. Yo quisiera hacer lo que dice ahí al pie de la letra, pero por más que lo intento no puedo.

—Porque estás manchado por el pecado de Adán y Eva. Todos lo estamos porque somos su descendencia.

—¿Entonces por qué insistes en decirme que soy el hombre perfecto?

Ella tomó la libertad de tomar la mano de él.—Cuando te dije eso lo interpretaste como si yo lo hubiera dicho en todo el sentido de la palabra o simplemente no quisiste aceptarlo, el hecho de que eres el hombre perfecto para una mujer, la pareja perfecta. Si quieres podemos establecer un tipo de relación y yo te lo demuestro. Yo te voy a demostrar lo feliz que me puedes hacer y lo feliz que yo te puedo hacer a ti.

—Eh, muchacha...mira, ni nuestros nombres nos hemos dicho y ya tú me estás proponiendo...

En lugar de soltar su mano, avergonzada, ella la apretó más fuerte.—Yo no soy como ellas y yo estoy segura de que tú lo sabes. Continuamente me miras a los ojos aún cuando no estamos conversando, como si leyeras mis pensamientos, como si me estuvieras analizando. Hasta el libro dejaste olvidado en la biblioteca y yo no estoy segura pero yo creo que acabas de perder una quinta parte de tu reporte de todas maneras, como tú tanto temías. Me lo dijiste. ¿Lo recuerdas?

Él miró a su alrededor, su falda y su mochila y no vio el libro por ningún lado. Hasta notó su mochila tan liviana como estaba al entrar a la biblioteca. Se rió, nervioso.—Ay, Padre. No lo puedo creer. Es que no lo puedo creer. ¿Cómo pude haber olvidado ese monstruo de libro? Y lo peor de todo es que ya lo agarraron. Tienes razón, perdí la primera quinta parte de mi informe porque todos los demás recursos de información los tengo en mi mochila. Hasta la revista científica tengo y un artículo de periódico, todo menos el maldito libro ese. Bueno, ni modo, voy a tener que escribir lo poquito que llegué a leer.

—Ah, porque tú eres uno de esos que son casi inexistentes que leen un libro y cuando lo

cierran no necesitan abrirlo más porque ya saben lo que leyeron y lo pueden reproducir.

Sonriendo, él dijo—Exactamente. Tengo esa suerte. Esa es una de las habilidades que tengo, y si quieres saberlo, eso me ayuda muchísimo en la escuela. Yo creo que si no fuese por eso, por más inteligente que yo fuera, según otros, jamás habría llegado tan lejos. Imagínate pasarte horas de horas leyendo para luego, cuando crees que ya lo tienes todo, tener que abrir el libro de nuevo y tener que copiar porque ya estás tan cansado que ya no puedes reproducir la información por ti mismo. Yo creo que a ti te ha pasado.

—Si te digo la verdad, yo soy igual que tú. Yo tengo lo que se le llama una memoria fotográfica.

Él se volvió a reír. Ella era la única persona además de sus padres que lo hacía reír de cada cinco minutos. Sus amistades lo podían hacer reír, pero no tanto, ni tantas veces en un ratito. Parecía que él finalmente había encontrado la mujer de su vida. Estaba ilusionado, pero sabía que había que gatear antes de caminar y caminar antes de correr. Serían amigos primero, o al menos, eso era lo que él pensaba. Ella tenía otros planes para él. Era una chica conservadora hasta más no poder, pero eso no necesariamente significaba que ella se quedaría sola por mucho tiempo más, mucho menos ahora que había encontrado al hombre perfecto a ésta edad, tan joven, a los dieciocho años. A la edad en la que ya muchas chicas habían besado tantos sapos que ya no los podían contar, ella encontró su príncipe azul.

—Yo sé que es increíble, pero hay muchas personas con memoria perfecta. Yo veo tu rostro una sola vez y ya sé quién eres. Bueno, en éste caso no, porque todavía no sé tu nombre, extraño, pero ahora que te veo, yo nunca te voy a olvidar. Aunque tú te asustes y te desconectes de mí y yo nunca te vuelva a ver, yo no voy a olvidar tu rostro, jamás, y puedes estar seguro de que, a menos que te hagas cirugía reconstructiva, porque cirugía plástica no necesitas, para nada... aunque pasen veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años, yo te voy a reconocer. Es más, yo veo a una persona en la calle, a una persona que no conozco, la miro por unos minutos, y por más tiempo que pase antes de volver a ver a esa persona, la segunda vez que la veo, yo la reconozco. Yo le digo, 'Oh, cielos, eres tú', y la persona se me queda mirando como preguntándose qué diablos está pasando aquí. Eso me pasó el otro día con una mujer que vi hace como tres años. La vi una sola vez, una sola, en éstas calles, como a cuatro cuadras de aquí, y cuando la vi en televisión, la reconocí.

Boquiabierto él dijo—¿En televisión?

—Sí, hoy en día ella es una famosísima cantante. Pero ese no es el punto. El punto es que yo la reconocí, yo estaba viendo la televisión el otro día—parecía que sus pensamientos no tenían interrupción ni paraba. Ella podía hablar por horas de horas sin ponerle un punto a sus pensamientos, pero lo raro de todo esto era que esto sólo le pasaba con él.

Usualmente ella no era muy parlanchina que digamos, ni siquiera con sus mejores amigas —con mi hermana Sorángel, y te lo juro, te lo juro por mi vida y que me parta un rayo si miento, yo le dije a Sorángel que yo vi a esa mujer muy cerca de ésta área. Ella me dijo que yo estaba loca, y aún hoy día no me cree, y eso pasó hace tres años atrás.

—No te preocupes. Yo nunca he podido predecir el futuro...

— ...Tal vez porque no lo has intentado—dijo ella tomando un sorbo de su capuchino y luego cuando él levantó su mirada hacia ella, sorprendido ella hizo lo mismo.

Sin embargo él decidió ignorarla para no pelear por una tontería y terminó su pensamiento diciendo lo que él realmente quería decir, sin que pusieran palabras en su boca. Por lo que él podía ver, Silvia era muy dulce y amigable pero también muy dominante. Él por un momento se imaginó que, por más que se quisieran, ella y su hermana no se llevaban bien por esa misma razón, porque ella quería controlarlo todo y a todo el mundo.—Pero yo sé que esa mujer volverá a merodear por aquí por un simple hecho: No importa cuán lejos vayamos en ésta vida, podemos ir de aquí a Japón, a Taiwán, y hasta a Afganistán, es más podemos ir de Canadá hasta el fin del mundo, y siempre, siempre acabamos a donde empezamos. Nos regresamos a aquel lugar de donde vinimos.

—Eso me asusta, me asusta por ella, pero, de todas maneras...cambiando de tema...cuando yo leo un libro yo puedo recordar hasta un sesenta por ciento de todo lo que he leído sin tener que abrir el libro otra vez. Recuerdo el otro cuarenta por ciento cuando vuelvo a leer el libro y de ahí en adelante, puedo recordar la gran mayoría de lo que leí. Yo te puedo dar un resumen de una novela de 1,100 páginas, como por ejemplo una que leí por ahí...te puedo dar un resumen completo de la novela, decírtela de principio a final.

—Yo recuerdo el libro completo y jamás lo olvido, claro, cuando lo leo completo. Cuando leo solamente unas páginas, como me pasó ahora, eso es lo único que recuerdo. Me fastidié.—Él se rió a carcajadas nuevamente.—¿Ahora qué rayos voy a hacer, Dios mío, Padre?—Esto era tan ridículo y tan terrible que solamente pudo reírse porque no podía empezar a llorar para preocupar a todos los presentes.

—No te apures. Estoy cien por ciento segura de que lo poco que leíste de ese libro será suficiente para tu informe. Después de todo tienes las otras cuatro fuentes de información que necesitas y difícil o imposible olvidarás lo que leíste de aquel libro.

Él sacó una de sus carpetas de su mochila y luego sacó diez hojas de papel de líneas de esa carpeta y sacó un bolígrafo de tinta negra de la mochila. Luego empezó a escribir.— Más me vale escribir lo que leí de aquel libro porque si no tú serás la que me haga olvidar información por primera vez, como darle borrar a la computadora.



—Ay, no exageres—dijo ella, riendo, mientras él seguía escribiendo. Ella nunca había visto a una persona escribir tan rápido, pero eso ocurría cada vez que él tenía información en su cabeza. Podía escribir tan lento o tan rápido como él deseara, para no olvidar sus ideas antes de que logran plasmarse en el papel.—¿Qué puedo decir o hacer yo para hacerte olvidar la información de éste libro?

—Tú lo has dicho.—dijo él, escribiendo sin pausa y concentrándose en la conversación y el papel al mismo tiempo.—Desde que nos encontramos yo solamente me he enfocado en ti. Es como si el mundo alrededor de mí se hubiera ido al diablo y en un cuarto vacío y oscuro, estuvieras tú. No me puedo arriesgar a perder ésta información porque cuando yo vuelva a ver ese libro, ya éste informe habrá caducado y...no, no puedo permitir que eso pase. No debo obtener una mala calificación por primera vez en mi vida. A papá no le importará y mamá se sentirá un poco triste y me castigará como un niño chiquito para asegurarse de que eso no vuelva a pasar, pero el peor que se va a sentir voy a ser yo. Yo soy demasiado perfeccionista, Silvia. Todo lo que yo hago debe ser infalible.

—Lo que tú haces.

—Ajá.—No dejaba de escribir, ya se le estaba acabando el papel, y todavía no se había sacado toda la información del cerebro.

—¿Y lo que otros hacen? Por ejemplo, ¿cómo te sentirías si fueras cantante y de repente alguien hiciera algo que tú no quieres o simplemente comete un error? ¿No te enojarías con esa persona?

—Sólo si el proyecto es extremadamente importante yo me preocuparía por eso. Sin embargo, tampoco me enojaría con la persona. Yo agarro eso y lo hago yo mismo para asegurarme que quede perfecto. El día tiene veinticuatro horas, nena. Yo uso dieciocho de esas veinticuatro horas y las seis horas que vienen quedando, yo duermo, cuando no tengo un informe qué hacer. Cuando tengo exámenes, no estudio porque todo lo que aprendí lo tengo vivo en la mente.

—¿Cuántas veces a la semana haces informes, más o menos?

—Tres.

—Ay, ay, ay, así que tú solamente duermes veinticuatro de las cuarenta y dos horas que se supone que duermas cada semana.

—Así es.—dijo él, sonriendo.

—¿Y no te afecta eso?

—La falta de sueño sólo me afecta cuando llevo una o dos semanas sin dormir, un día tras el otro. No puedo funcionar, me quedo como un zombi, no puedo ni abrir los ojos,

básicamente, pero lo máximo que yo puedo estar sin dormir, y es sólo cuando estoy obligado a hacerlo, es una semana, una semana entera sin dormir, y no me afecta de manera adversa.

—Bueno, yo creo que después de saber todo esto debo saber tu nombre, ¿no? Y tú debes saber el mío.

Ya él había sacado más papel de su carpeta y había escrito casi todo lo que había leído en aquel libro. Él en menos de cinco minutos había leído cuarenta páginas de ese libro pero no se daba cuenta porque leía demasiado rápido. Creía que sólo había leído cinco páginas. Las personas que estaban presentes lo vieron leyendo y se quedaron anonadadas. Sólo habían visto a una persona leer así y fue en un programa que hacía años se transmitía alrededor del mundo sobre cosas insólitas, imposibles de creer. Sin embargo aquel hombre era más humano que nadie, con un talento increíble. Éste hombre no era humano y hacía esto por naturaleza.— Yo me llamo Osvaldo Santamaría, y digo me llamo porque a veces no estoy seguro si soy él o no, pero todo el tiempo me llaman Osvaldo Sebastián Santamaría. ¿Cómo te llamas tú?

—Yo soy Silvia Elena Agosto.— dijo ella y se rió.— ¿Por qué a veces no estás seguro de ser ese hombre?

Terminó de escribir. Había gastado más de cien hojas de papel de línea, dejándola sorprendida y lo puso todo en la carpeta que tenía reservada para esa materia, como si nada. Luego puso la carpeta en la mochila. Él no podía cargar sus carpetas y sus libros como lo hacían otras personas porque tenía miedo de que se le cayeran y se le arruinaran. Sin embargo, él no era el único universitario que usaba mochila y esto él llevaba solamente seis meses haciéndolo. Hace seis meses, él estaba cargando todos sus libros y un montón de documentos, como si nada, y de repente se le cayó todo en el fango y todo se arruinó. Si su padre no hubiera sido pudiente él no habría podido terminar de estudiar porque esos libros eran carísimos.— Es que a veces hago cosas que ni yo mismo entiendo. Hay instantes en los que yo pienso algo y de repente se hace realidad, como por ejemplo alguna vez yo vi una niña jugando en la calle con una pelota y pensé que si no se quitaba del medio, aunque la calle estaba vacía en ese momento porque era una comunidad de hogares, privada, un auto la atropellaría y hasta le pasaría por encima. Hasta el son de hoy yo me siento culpable de la muerte de esa niña porque pensé, *Vete a tu casita o un carro te va a arrollar*. Minutos después...— Él bajó la cabeza.— Eso pasó hace once años. La niña era cinco años menor que yo.— Derramó lágrimas.

—Pero ¿lo estabas deseando, o qué? O sea...

—No, no lo estaba deseando, para nada. Simplemente lo pensé. *Esto va a pasar*. Y pasó.

—Tal vez era algo inminente, y tú sabes muy bien que hay cosas horribles que, por más

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

